

Un trofeo para ver la odisea del tenis

Cuarenta trofeos Godó reflejan la historia de un deporte que llegó a la cumbre

DAGOBERTO ESCORCIA



JORDI COTRINA

A cuatro decenios de su nacimiento, el trofeo Conde de Godó no ha perdido un ápice de emoción, y este año vuelve a enfrentar a Sergi Bruguera y Emilio Sánchez Vicario

Hace cuarenta años por estas fechas, los principales socios del Real Club de Tenis Barcelona andaban desesperados preparando las nuevas instalaciones de la calle Pedralbes. Habían escogido 1953 para un doble estreno: por un lado, el nuevo club y, por otro, un nuevo torneo, que sustituiría al Concurso Internacional, que también con éxito se había desarrollado durante veinticinco años. Pero los socios, y especialmente su presidente, don Carlos de Godó, Conde de Godó, tenían la gran intención de darle a la competición un aire más internacional si cabía, contratando a los tenistas más importantes del momento, y dotándolo de una categoría especial.

Cuarenta años más tarde, el trofeo Conde de Godó se ha convertido en una prueba con solera dentro del circuito mundial. Mantiene el cálido ambiente de un torneo organizado por los propios socios del club, que sacrifican durante dos semanas las pistas, la piscina, los restaurantes, las salas de juego, para colmar de atenciones al gran circo del tenis mundial que llega a Barcelona.

Está claro que el tenis de hoy no tiene nada que ver con el de ayer. Un ejemplo: el primer trofeo sumó sus cifras en pesetas. Hoy la cuenta en dólares. Lo único que no ha cambiado, posiblemente, es la angustia por tenerlo todo preparado a su debido tiempo. Han aumentado las carreras de Simón Mateo, gerente del Tenis Barcelona, escalera arriba, escalera abajo, atendiendo los múltiples problemas que, como cada año desde que se creó el trofeo Conde de Godó, aparecen a última hora buscando soluciones que apañen de alguna forma los trastornos que el cierre de la calle Bosch i Gimpera causa al Liceo Francés, atendiendo a los medios informativos que recurren a su memoria histórica para recordar hechos del pasado, controlando la venta de entradas, la colocación de las casetas del "village" y de las vallas publicitarias en las pistas.

Todo es distinto. Hace cuarenta años, por ejemplo, el Tenis Barcelona tenía entre 380 y 400 socios. Hoy la cifra de asociados llega a los 2.234. Los tenistas, la mayoría de ellos aficionados, pagaban una inscripción de 150 pe-

setas por jugar la competición individual y 50 más por cada una de las restantes pruebas. En 1953 el presupuesto del primer trofeo Conde de Godó alcanzó la cifra de 100.735 pesetas. Los ingresos por inscripciones sumaron 354 pesetas, por abonos de palcos 2.700, abonos de general y tribuna 1.020. Y el taquillaje el primer día no registró ninguna entrada porque llovió; el segundo ascendió a 3.435 pesetas; el tercero, que también fue afectado por la lluvia, 720; el cuarto día, 14.725, y el quinto, 32.410.

Hoy a los tenistas ya no se les cobra una inscripción. Todo lo contrario. Se les paga para que jueguen. Y los torneos y las ciudades donde se desarrollan deben estar preparados para

competir constantemente con otras ciudades rivales, ansiosas de tener en su casa el espectáculo. Ahí está la explicación de que el presupuesto de la 40 edición del trofeo Conde de Godó esté prácticamente tocando el millón de dólares (800.000), es decir, ha multiplicado por 800 la cantidad presupuestada hace cuarenta años. Entonces, al americano Vic Seixas, ganador del primer trofeo, los organizadores —que ya comenzaban a sentir la presión de los grupos que luchaban por profesionalizar las pruebas tenísticas— le dieron un pago simbólico de 7.500 pesetas, y al finalista, el argentino Enrique Morea, 5.000 pesetas. El domingo, 12 de abril de 1992, el campeón del torneo recibirá un talón de 110.000 dólares

(once millones de pesetas), el finalista 57.900 (casi seis millones de pesetas), pero el eliminado en primera ronda, que también tiene derecho a premio, habrá cobrado 2.370 dólares (unas 237.000 pesetas).

En realidad, el trofeo Conde de Godó sonrió con aires de grandeza desde el mismo momento de su creación. A sus fundadores muy poco les importaban los costos. Estuvieron dispuestos desde el principio a sufragar el posible déficit, porque el espíritu de crear una competición espectacular estaba reñido con cualquier barrera económica. Había que alimentar como fuera a ese nuevo torneo con el fin de verlo crecer fuerte. Estaban dispuestos a todo con tal de conseguir una prueba digna, que centrara el interés deportivo y social de la ciudad durante una semana.

Los socios del Real Club de Tenis Barcelona tuvieron más de un sobresalto cuando en 1960 se produjo la invasión del profesionalismo. Pero se adaptaron a los precios, realizaron grandes esfuerzos para traer a las mejores figuras y sobrevivieron a la época de la imposición del dólar.

La madurez

Cuarenta años más tarde, el trofeo Conde de Godó no ha defraudado a sus creadores. Ha llegado a su madurez con una reconocida calidad internacional, convertido en una manifestación con identidad propia dentro del deporte español, modernizado, preparado para vivir cuarenta años más, con una participación de lujo en la que intervienen jóvenes campeones como Boris Becker y Andre Agassi, y con veteranos con nombres subrayados como Ivan Lendl y Andrés Gómez, vencedores del torneo por partida doble y especialistas de tierra batida. Pero también con una notable participación de jugadores españoles, cinco de los cuales estarán en la lista de los favoritos.

Sólo su fundador, que instituyó el trofeo para fomentar el tenis entre los jóvenes, podía pensar que cuarenta años más tarde, después de haber puesto en funcionamiento el torneo,



EL TROFEO ORIGINAL. La imagen ofrece un primer plano del trofeo Conde de Godó y el aspecto que mostraba la pista número uno del RCT Barcelona durante la final de 1954. Esta copa quedó en propiedad del club y varió su forma en cuatro ocasiones hasta que el año pasado, Javier de Godó, Conde de Godó, encargó una reproducción del trofeo original.

Continúa en la página 4